

CONOCIMIENTO Y PARADOJA. ENSALADA.¹

Santiago Sobrino González.²

Paradoja/ para-doxia; fuera, al lado de la doctrina.

Si el conocimiento es el resultado del trato con la paradoja, existirá una contradicción inevitable entre doctrina y apreciación directa de un hecho. Un contraste entre la generalización y la excepción, pues el conocimiento es, en sí mismo, eso, excepción. (Y no puede disimular su naturaleza. Como el escorpión que cruza el río sobre la rana, según relata Welles.)

La opinión compartida.

Dado que el conocimiento puede ser un acto, no inconexo pero sí excepcional, no se mostrará sujeto a las leyes del acuerdo. Aquellas que *deben* regir casi todo el resto de las actividades humanas.

No es que no tenga sus leyes, pero en uno y otro no son coincidentes.

De la tensión derivada de esta radical diferencia, es el conocimiento el que sale –socialmente- perdiendo. No podía ser de otra forma.

Pero es él quien, al fin, impone su ley: sea perdurando de forma paralela (extemporánea); sea imponiendo sus hallazgos, tras una larga y penosa asimilación.

(Su actividad viva nunca llega a redimirse de un permanente estado de sospecha, cuando no de lacerante desprecio).

Constatación.

No hay merma para el conocer, salvo en el número de los que hoy lo ejercitan.

Presentación.

Como el espontáneo en la plaza, sale el ignorante a la sala circular, de la que no llega a percibir más que vagamente los límites, pues allí... no hay rincones. Le empuja especialmente su deseo de “expresión”, más que el de lucimiento. Y *el animal negro* será su propia sombra, bajo la que cruje la arena, amenazante. Por encima de la línea de la vista, el escarnio y la fiesta.

El que ha saltado irreflexivo al ruedo, siente apoyados sus pies sobre *el nadir del mundo*, alejado de toda “comparación”.

Educación de la observación.

Quien desarrolla el sentido de la observación necesita menos preceptos, incluso conocimientos, para un desenvolvimiento correcto, verdaderamente *refinado*.

Velázquez pixit.

Si el espejo es la meridiana metáfora del conocer, pues nada como él es capaz de reflejar –reflexionar- la realidad sin alterar su imagen, y así lo entendieron los pintores flamencos hasta Rubens, el carácter precario de sus imágenes, su dudosa intensidad, su evidente planitud, el velo de polvo posado sobre él, los

¹ Ensalada: 2.fig.: *Mezcla confusa de cosas sin conexión* (DRAE).

² Se puede ver obra pictórica de Santiago Sobrino en: www.santiagosobrino.es

avatares de su azogue, dan idea de que, ese objeto venerado, es tan parte de la ilusión del mundo como cualquier otro.

Y así, el conocimiento de uno mismo –la propia imagen- se retrotrae a un plano anterior, tal vez inmaterial, en todo caso mucho menos rotundo, como el ala de la mariposa. Como el pañuelo en la mano sutil de una infanta.

Pero también insoportablemente denso, con la pesantez de un lago oscuro, aterciopelado, a la caída de la noche. Como una penumbra en el viejo Alcázar.

Invenit.

Dado que la extrañeza es la experiencia previa a todo conocimiento, nada más alejado de él que esa sensación de dominio del que *ya sabe*.

Tampoco esa mirada, dirigida siempre en la misma dirección, al mismo punto.

El *invenit* requiere una actitud distraída, dirigida a menudo hacia los trabajos más básicos, a los que no se suele rebajar el intelectual moderno.

No se trata de autonegación, en el sentido penitencial: cavando en la zanja, uno se topa, con alegría, con las opiniones no halladas en el escritorio.

Verano.

El zumbido de las abejas acompaña a las risas de los niños. La miel se crea en secreto, oculta tras los juegos. Sólo la nariz, que sestea, parece adivinarlo.

Majestad.

Cuando la pequeña S., que se ha disfrazado, traza una primera línea sobre el papel, ejecuta un acto regio, soberano. Nada humano hay por encima de ese gracioso movimiento. Nadie sabe, a ciencia cierta, dónde y cuándo lo aprendió.

Territorio.

Si el territorio es el rostro de un pueblo, entonces su destrucción revela el deplorable estado del alma colectiva, como ningún otro espejo.

Envueltos en esa nebulosa, e inédita, sensación de opulencia, estamos arrasando el suelo, envileciendo las aguas, estercolando el aire, liquidando la herencia histórica, cultural, artística, como si toda ella pudiera repetirse en cualquier momento, sin el esfuerzo de una multitud de generaciones. Sin la lenta fermentación del humus milenario.

Haydn como maestro.

Aún aceptando que transitamos los tiempos del fin y que, por lo tanto, no es en la Historia donde podemos poner nuestras esperanzas, es evidente que hace falta articular, o al menos concebir, una conciliación del pensamiento tradicional y la convivencia laica, los derechos ciudadanos.

Aceptando esto, y una vez liberados de ese rigor característico de *la tradición de gabinete*, nos situaremos en la esfera de la pura práctica, donde habremos de fijar absolutamente el objetivo: la asunción de la dignidad individual y cívica, junto a la preservación de la parte del hombre a que apela la sabiduría perenne, aspecto que no llega a *coagular* en el concepto “político” de la persona.

Para aquellos que vean en aquella exigencia una insoluble disparidad, tal vez sea clarificador retrotraernos a los tiempos del nacimiento del liberalismo moderno. Previo al pensamiento romántico, que sólo se sintió fuerte en los márgenes de lo humano, casi como una reacción al positivismo y a la máquina,

existió una visión panóptica, una verdadera recapitulación, que admitía tanto la trascendencia como la libertad moderna y que tiene su más hermosa expresión en la música del Clasicismo, en las óperas mozartianas y en los cuartetos de Haydn.

Pues ¿no existe acaso el río cuyas aguas, que atraviesan la parte más profunda del género humano, cantan a la libertad, la generosidad, la dignidad individuales y fecundan también las religiones?

Los trabajos y los sueños.

La vida del hombre bascula entre unos y otros. El hombre es el eje, el lugar donde se mezclan en la pugna el esfuerzo y la extrañeza; donde se ayuntan por un día.

Lamento del tiempo.

No el tiempo, sino nosotros pasamos. Todo “sucede” ante él, ante esa roca inmóvil.

Vencer el reflejo.

Lámina infinitesimal, de reflejos irisados, que vibra con el menor soplo. Esa es la barrera infranqueable entre dos mundos, que el ojo atraviesa con un esfuerzo descomunal, pues sus dos caras reflejan *hacia atrás*.

Es el límite del agua y el cielo. Quien buceando mira hacia arriba, verá exactamente eso.

Cortesía.

La brevedad es la quintaesencia de la cortesía.

Discriminación.

Si no sólo el conocimiento espiritual, sino el simple y llano aprendizaje, suponen el ser capaces de prestar atención, entonces, de la contemporánea exigencia de acometer permanentemente varias tareas simultáneas (gimnasia que ocupa durante quiméricas horas a la moderna infancia), sólo puede esperarse la sustitución del afán de conocer (por ejemplo, mediante la serena observación de las cosas) por la avidez de deglutir información, sin ninguna discriminación.

Y así llegar inexorablemente, en el mejor de los casos, al intelecto obeso.

Simpatía y acento.

En el aire se desgrana un vals de aquel escueto polaco, con la dulce calidez aprendida de la luz meridional. Es el mismo brillo que refleja, por el auricular, el alegre acento de una mujer del sur.

Después de todo.

Si el conocimiento no hallara la similitud de las cosas que parecen apartadas, inconexas; si no fuera posible descubrir los hilos de Aracné y de Atenea, que tejen el mundo, por no ser nada comparable a nada, ni medible, ni contemplable, ni reflejable en nuestra pupila, si no fuese acordable un instrumento, entonces la vida no sería tal y estaríamos todos dentro de ese huevo primordial. Paradójicamente, indiferenciados.

Vocación.

Con estas notas no persigo nada especial, ya se ve, pues no es mi disposición la de la hondura. Sólo deseo propagar un eco (tal vez un agrado). Recrear el pensamiento.

No todo va a ser rigor o lasitud; también existe la re-creación, la re-creencia, el infantil recreo.

Límite espiritual.

Hace ya mucho tiempo que nadie plantea un límite para el conocimiento material empírico, tampoco para la tecnología. Ni siquiera para el ocio. Es tal el prestigio de *las cosas que funcionan*, aunque no proporcionen certeza ni esperanza. Tan sólo quedan ciertas resistencias que, sin duda, irán cediendo una tras otra ¿alguien lo duda?

Sin embargo, no ha dejado de ser cierto, aunque sea bajo una formulación estética, sentimental, marginal, que deberían fijarse ciertas barreras infranqueables.

Un ejemplo muy sencillo es el tráfago por las cimas de las montañas. Gentes paseando y vertiendo residuos, carreteras y pistas, antenas, repetidores y esos artilugios blancos, que pretenden emparentarse con Eolo.

Las montañas siguen existiendo, pues todo no es para ellas más que una urticaria, una hilera de hormigas, pero para aquel ahora que las mira ya no *significan*.

No desaparece tampoco el símbolo, sólo *retrocede*. ¿No es nuestra la (ingente) tarea de restablecerlo, de mostrarlo en su esencia original, aunque sea de forma figurada, recreada?

Despedida: “No habrá más tiempo”³.

Todo retorna a su primer ser. Nada como esa sensación de melancólico alivio.

Limpias, Octubre de 2006.

³ Apocalipsis 10,6